

EDUARDO NAVARRO CAMARA

117

RUTA DE SIGLOS

(LEYENDAS SEGOVIANAS)



ATENE0 SEGOVIANO
1931

JGCL
D

BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO
SEGOVIA
LIBRO DADO DE BAJA

RUTA DE SIGLOS



t. 78028
C. 1093424

RUTA DE SIGLOS

EDUARDO NAVARRO CÁMARA

RUTA DE SIGLOS

(LEYENDAS SEGOVIANAS)

Eduardo Navarro Cámara



IMP. «EL ADELANTADO»

1931



R. 59170

EDUARDO NAVARRO CÁMARA
RUTA DE SIGLOS

(REVENDAS SEGOVIA)

COPYRIGHT BY
EDUARDO NAVARRO CÁMARA
SEGOVIA, 1931



IMP. EL ADELANTADO

1931

OFRENDA

Lógica e imprescindible. Luchando y sufriendo en tu seno aprendí a amarte, Segovia.

OPINIONES

El autor de esta obra ha tratado de exponer los principios generales de la filosofía y de aplicarlos a los problemas de la vida humana. El libro está dividido en tres partes: la primera trata de la filosofía en general, la segunda de la filosofía de la naturaleza y la tercera de la filosofía de la historia. El autor ha tratado de ser claro y sencillo en su exposición, pero no ha podido evitar algunas dificultades de lenguaje y de estilo. El lector encontrará algunas frases que no son muy felices, pero que no afectan a la esencia de la obra. El autor se disculpa por esto y ruega al lector que sea indulgente con él.

PROLOGO

Eduardo Navarro, espíritu abierto a todas las nobles emociones, ha reunido en este libro unas cuantas poesías suyas referentes a las tradiciones de la tierra segoviana. Su musa no ha volado en esta ocasión por los espacios de la quimera urdiendo aventuras de ensueño, sino que se ha ahondado en la maraña de los siglos, viviendo la vida íntima de la ciudad en ronda de evocaciones por los laberintos de sus callejas, sumiéndose en la umbria de sus parques, escrutando el silencio claustral de sus casonas y contemplando la pureza azul de su cielo con unción de místico para rimar la leyenda de los viejos tiempos en cantos devotísimos que exalten las gestas heroicas de la raza.

La poesía de Eduardo Navarro Cámara es fácil, limpia, inspirada, armoniosa y profunda. Galanamente fluye la musicalidad de sus rimas en caudal delicioso de ternuras y fragancias. La recia sencillez

E. Navarro Cámara

de su técnica imprime tales sonoridades, ritmos y transparencias a sus glosarios de paisajes y almas que el lector se embebe golosamente en las prestancias del verso, sintiéndose fundido espiritualmente en la noble emoción que lo inspira.

Estas poesías, prodigiosas por la bizarría de su aliento y por el altísimo señorío de su sentir, fueron leídas por su autor en el recital dado en el Ateneo Segoviano el día 30 de Octubre de 1931, habiendo sido acogida su lectura con calurosas ovaciones por parte del selecto auditorio que acude siempre a nuestro salón de conferencias. El Ateneo Segoviano estima como un honor y una prueba de buen gusto rendir a Eduardo Navarro Cámara el homenaje de su admiración y su cariño ofrendándole la impresión de sus hermosas poesías, realizando de esta manera una gentil campaña regionalista al difundir con la exquisitez de la rima la belleza de las tradiciones y leyendas de Segovia.

ALBERTO CAMBA

Presidente del Ateneo Segoviano

Segovia, 31 Diciembre de 1931.

UN MILAGRO DEL SANTO

Después que el Rey Don Rodrigo,
el de la hermosa Cava,
fué vencido en Guadalete
por las tropas musulmanas.

Cuando por gustos de un Rey,
y de un Conde la venganza,
entraron por vez primera
los árabes en España.

Un muchacho segoviano,
hijo de familia hidalga,
modelo de sacrificios
y de virtudes cristianas,

acorde con dos hermanos
que lo mismo que él pensaban,
repartieron a los pobres
cuanto sus padres dejaran

y abandonaron Segovia
buscando en el campo, calma,
para dedicar a Dios
los tesoros de sus almas.

Entre peñascos desiertos
de tierra sepulvedana,
junto al Duratón medroso
que oculta en simas sus aguas,

hallaron los tres hermanos
el lenitivo a sus ansias,
haciendo cosas tan grandes,
que las proclamó la fama

y atrajo de los contornos
millares de gente extraña,
que, como a padres los tiene,
en miserias y desgracias.

Entre tanto, la morisma
por Segovia se derrama,
arrasando cuanto al paso
sus fieros instintos halla.

¡El peligro es inminente!...
¡Ya se ven sus avanzadas!...
Y aquellas gentes acuden
al patrón que les ampara,

para que en breve organice
una estratagema clara,
que les salve del peligro
de semejante canalla.

El mayor de los hermanos,
que es el patrón de mi fabla,
rápido se pone al frente
de aquellos hombres sin armas,

y en nombre de Dios conjura
a las hordas musulmanas,
a no traspasar el límite
que con su báculo traza.

E. Navarro Cámara

Horrísona, crepitante,
la tierra cruje, se raja,
dejando sima profunda
por la raya señalada...

Los moros, despavoridos,
huyen a la desbandada;
mientras los cristianos gritan:
¡Milagro fué la cortada!

y entre vivas a San Frutos,
al patrón, santo declaran
que es el mismo de Segovia
el de mi modesta charla.

EL DESAFIO

Aquel don Juan de Pacheco,
que con suprema arrogancia
se hizo señor de Castilla
y es un símbolo de raza.

Aquel Marqués de Villena
hállase en severa cuadra,
sentado ante bufetillo
do escribe concisa carta.

Su rostro revela gesto
de mal contenida rabia,
y al terminar de escribilla
lo que dice, lee en voz alta:

«Si os tenéis por caballero
y sabéis usar las armas.
Si lo que dice la boca
lo mantiene vuestra espada,

a la ermita del Parral
bajad al nacer el alba
y hallaréis un caballero
que ante Reyes, ni entre damas,

nunca habló mal del ausente
ni desprestigió su causa;
pero defendió sus actos
con su vida y con su espada.»

Y poniendo el sobrescrito,
dió a un pajecillo la carta,
y aquel Marqués de Villena
salió veloz de la estancia.

II

Entre arboleda frondosa,
en sitio alegre y ameno,
por San Lorenzo y San Marcos,
cabe el paseo de los Huertos,

hállase modesta ermita,
donde el segoviano pueblo,
a la virgen del Parral
rinda con amor sus rezos.

Al comenzar la mañana
de un triste día de Enero,
tres embozados se ocultan
tras las frondas del paseo.

Ya bostezan de impaciencia
cuando ven llegar a ellos
otro, cuarto personaje,
que desnudando su acero,

exclamó: «¡Traidor! ¡Villano!,
no lograrás tus deseos.
Pues si la palabra cumple,
que ayer me diera uno destos,
lucharemos dos a dos
y te arrancaré el aliento».

Las palabras de Villena
sembraron el desconcierto
entre los que allí esperaban.

Uno de ellos salió huyendo;
los otros dos, mal heridos,
caen a los pies de Pacheco,
que se dirige a la ermita
do rinde cerviz y acero
exclamando: ¡Virgen santa,
hoy mi salvación te debo!

Ruta de siglos

Pero Villena te ofrece
como gratitud y recuerdo,
transformar esta tu ermita
en soberbio monasterio.

EL CORDON DE SAN FRANCISCO

I

¡Todo es movimiento y vida!
¡Todo risas y algazaras!
Por la calle brillan joyas,
sedas, arneses y espadas.

Segovia, la bien guarnida,
se halla contenta y ufana,
que el trabajo es abundante;
corre el dinero sin tasa;

sus industrias y comercio,
con rápido paso avanzan;
el Rey la mima y protege
y a la grandeza la encauza.

¡Todo es movimiento y vida!
¡Todo risas y algazaras!
La muy hidalga Segovia
es la Corte castellana.

Alfonso Décimo, el «Sabio»,
vive en el gótico Alcázar,
con su mujer y sus hijos,
entre riquezas y galas.

Reyes, Príncipes, magnates,
llegan de tierras lejanas
a consultalle sus pleitos,
que él decide sin tardanza.

La Reina Doña Violante
háceles grata su estancia
con fiestas de ingenio y música,
justas, torneos y danzas.

¡Todo es movimiento y vida!
¡Todo risas y algazaras!
La muy hidalga Segovia
es la Corte castellana.

A horas altas de la noche,
de una torre del Alcázar
salen lucecillas rojas,
verdes, azules y blancas,

que infunden pavor al pueblo,
gentes sencillas y honradas,
que dicen si el Rey es brujo,
mago en artes endiabladas,

para producir el oro
y aumentar poder y fama.
¡Pobres gentes! Desconocen
que el Rey con luces trabaja

rectificando los cálculos
de su astronómica tabla.
Que, allí, en la modesta torre,
hizo su ESTORIA DE ESPANNA.

LAS PARTIDAS, LAS QUERELLAS,
su libro de dulces CANTIGAS
y unió a su nombre de gloria
el de Segovia la hidalga.

II

Eran mediados de Agosto;
era tarde de domingo;
el sol oculta entre nubes
sus rayos, harto bravíos.

En un salón del Alcázar,
que adornan muebles moriscos,
Alfonso Décimo, el «Sabio».
Habla en tono, un tanto vivo,

con fray Antonio Segovia,
del Orden de San Francisco;
varón recto, justo, sabio
e inflexible en lo divino;



y que, humilde, al Rey contesta;
—¡Pena me causa el decillo—.
pero no sirve disculpa
para tan grave delito!

Todos saben que su Rey
presuntuoso y altivo,
afirma que el mundo fuera
completamente distinto,

si él aconsejara a Dios
u obra suya hubiera sido.
¡Ello es enorme herejía,
que exige un presto castigo!

—Es débil queja de un Rey
que ve penar a sus súbditos.
—¡Señor, confesad la culpa!
¡A Dios tenéis ofendido!

—¡Fray Antonio, basta ya!
¡Acabemos tal suplicio!
Retiráos al convento
que sus consejos no pido.

Y cuentan las viejas crónicas
de un añejo manuscrito
que apenas el sabio fraile
del Alcázar ha salido,

cuando un violento huracán
lanza tétricos bramidos,
corre y rasga negras nubes
en horrísono pedrisco,

en arrolladora lluvia,
en rayos de fuego vivo;
uno raja la techumbre
del Alcázar de granito,

recorre varias estancias,
causa destrozos y heridos,
quema el cabello a la Reina
y al Rey deja sin sentido...

A la mañana siguiente,
nobleza y pueblo reunidos
en la plaza del Alcázar,
confiesa el Rey su delito.

Y en recuerdo deste caso
y exemplo de amor divino,
manda esculpir en su cámara
el Cordón de San Francisco.

LA CABELLERA DE LA REINA

I

Es la Princesa hermosa,
es garrida la Princesa:
tiene por ojos dos soles,
negra e larga cabellera,
tiene el seno prominente,
de ánfora son sus caderas
y forman su linda boca
pétalos de rosas frescas.

Trovadores e juglares
van cantando su belleza,

sus virtudes y cariño
a la tierra portuguesa.

Y, sin embargo, está triste,
sus ojos hablan de penas
y aquella su bella cara
tornóse color de cera.

¡Es hermosa y admirada!
¿Por qué llora la Princesa?

Diz que sostiene amores
con doncel que hizo promesa
de no bailar a otra dama
que su Princesa no sea:
y su hermano, el Rey Alfonso,
sin atender sus querellas,
con Enrique de Castilla
su casamiento concerta.
En Juana de Portugal,
sin que a decidir se atreva,
luchan amor y deber
y el cuerpo rendido enferma.

En el lecho, moribunda,
de su hermosura reniega,
y a la Virgen de Belén
ofrece su cabellera.

II

Es en la noble Castilla
y a la Ciudad de Segovia
do llega del Rey de Francia
una Embajada de nota,

para ver a Enrique IV
y tratar pacto o concordia
sobre asuntos de Navarra
que a Castilla mucho importan.

El Rey, afable, la acoge,
lo mismo la corte toda,

que se deshace en cumplidos
y en fiestas de gusto y loa.

Hobo justas y torneos,
donde quedó la victoria
por Don Beltrán de la Cueva,
¡Conde que todo lo logra!

Enmascarados nocturnos
de alquiceles y marlotas,
cetrerías en Balsaín
que a los franceses asombran.

Y, por último, esta noche
en despedida amistosa,
ofrece la Reina Juana
• velada de danza y trova
en el Salón de Galera
del Alcázar de Segovia,
de arábigo artesonado
en pintura azul y roja,
recubiertas de oro fino
ménsulas, tallas, macollas,

con inscripciones latinas
sobre frisos de caoba.

Aún más le adornan tapices
con pinturas religiosas;
altos sitaliales de roble
con escudos y coronas;
lámparas de bronce y plata
que, al par que alumbran, aroman
y mullidas alcatifas
que toda pisada ahogan.

Plácida va la velada
entre luces, flores, pompa.
Los hombres, lucen su ingenio.
Las damas, belleza y joyas.

Los juglares de Palacio
las villanescas entonan,
que a los franceses cautivan
por ser pícaras sus coplas.

El Rey Don Enrique IV,
con voz dulce y melancólica,

una cantiga de amor
a Doña Guiomar endosa,

que le mira embebecida
y con su laúd le acorda;
la Reina Juana lo observa
contrariada y nerviosa;

pero el Marqués de Villena,
en diplomática forma,
hace que la danza empiece
y el regio disgusto borra.

El Embajador suplica
de la Reina la alta honra
de acompañarla en el baile
que ella complaciente otorga.

El es gentil caballero,
que la danza pule y borda
e a la Reina da plaser,
pues la risa le alborozá.

Al terminar, se inclina
con galante ceremonia
diciendo: Dos veces Reina
por estirpe y por hermosa.

Por esta cruz de mi espada,
yo vos juro mi señora,
no bailar con dama alguna;
fiel al honor que me otorga.

III

A la mañana siguiente,
mañana de primavera,
toda sol, flores, fragancias,
retorno de vida nueva.
Del Alcázar segoviano
en cámaras y escaleras,
ricos homes, altas damas,
monjes, mozas, pajes, dueñas,
llenos de pavor murmuran,
maliciosos cuchichean,
sobre lo acaescido anoche
en la cuadra de la Reina.
¡Fué cosa de encantamiento!
Da pavura conocella!



Y rápidos se santiguan
monjes, mozas, pajes, dueñas.
Diz que la Reina esa noche,
terminada ya la fiesta
y antes de acogerse al lecho,
sola en su cámara queda;
despojada de sus galas,
en sutil túnica envuelta,
suelos los negros cabellos
en dos apretadas trenzas.
Diz que la oyeron hablar
en su lengua portuguesa,
que otra voz triste y lejana
por su amor le pide cuentas.
Diz que escucharon suspiros...
Secos golpes de cadenas...
Y a una dueña que gritaba:
¡Favor! ¡Favor a Su Alteza!
Las damas acuden presto.
Rápida la guardia llega,
y ven la sombra de un hombre
que a largos pasos se aleja.
Ven como en letal sopor

la soberana se queja
de sierpes, víboras, trasgos,
que sus cabellos encierran.
Compadecidas las damas,
tratan de aflojar sus trenzas,
pero escapan de las manos
como si de azogue fueran.
¡Es cosa de maleficio!
¡Da pavora conocella!
Y rápidos se santiguan
monjes, damas, pajes, dueñas.

Aquella mesma mañana,
pura, tibia, clara, bella;
toda sol, flores, perfumes,
mañana de primavera.

Junto a un balcón del Alcázar
se halla sentada la Reina;
su rostro siempre de rosas
tiene del dolor las huellas.

El sol en polvillos de oro,
baña, irisa, juguetea,

fulmina brillantes chispas
de su cabellera negra;

y aún parece que transforma
en blancas y ricas perlas
las lágrimas que a sus ojos
suben nostalgias o penas.

Una chispa, se hace llama,
es rojo rubí que incendia
aquellos rizos y bucles
que son gala de Su Alteza.

Esta horrorizada grita:

¡Ah, de mis damas y dueñas!

¡Presto, presto, que me abraso!

¡Favor, favor a la Reina!

El Alcázar se conmueve
desde el foso a las almenas.

Unos suben y otros bajan,
este sale y aquel entra.

Todos ven aparecidos,
trascos, brujas y cornejas;

y en lo acaescido presienten
espeluznantes leyendas.

Todos hablan a la vez
sin que lo ocurrido sepan,
pues nadie consigue entrar
en el cuarto de la Reina.

Las murmuraciones corta
y comentarios abrevia
el Obispo de Segovia
con su señorial presencia,
que así a los reunidos dice:

Nuestra Reina se halla enferma.
Ha confesado conmigo
sus pecados y flaquezas.

Arrepentida y devota
se impone la penitencia
de vestir tocas y lutos,
pues cortó su cabellera,

ya que sus rizos y bucles
ofrece en regia diadema

a la Virgen de Belén
de la nación portuguesa.

El Embajador de Francia
hará tan gentil ofrenda,
que él sabe bien lo que obliga
una devota promesa.

La Reina Juana es modelo
de virtudes y de Reinas.
Su hermosura sacrifica
como católica añeja.

Desechad vanos temores
de brujas y de consejas
que en el Alcázar no viven
sino hombres de alma férrea.

Recibid mi bendición,
y con ella mi indulgencia,
y publicad por Segovia
esta tan alegre nueva.

R u t a d e s i g l o s

Con rapidez se santiguan
y a sus posadas regresan
ricos-homes, altas damas,
monjes, mozas, pajes, dueñas. RM

EN EL AZOGUEJO CLASICO

I

Si nombráis al Azoguejo
habéis nombrado a Segovia,
que el Azoguejo es el alma
de aquesta ciudad honrosa.
El Azoguejo es estuche
de la más soberbia joya
que en granito hiciera el hombre.
¡Del Acueducto que asombra!
¡De la puente mayestática
que hasta el cielo se remonta
en alaridos triunfales
de un poder que sugestiona!

¡Arcos gráciles de piedra,
que en el azul se recortan,
para conducir las aguas
entre nubes de victoria!
¡Sublime peine argentífero,
cuyo alarife se ignora,
dicen que lo hizo el demonio
por capricho de una hermosa!

El Azoguejo es la plaza
llena de sol, bulliciosa,
vitrina de industrias ricas,
centro de ventas y compras,
descanso de caminantes,
del trabajo, libre Bolsa,
cebo de Celestinas,
dogal de las niñas bobas.
Nunca falta el curandero
para la rabia y la gota;
ni el corchete ni el soldado,
ni el vago que allí reposa.

II

Es una tarde de Agosto,
Segovia vibra en festejos,
que estrenó la Catedral,
fin de su más vivo anhelo;
dedicar al Redentor
amplio y sugestivo templo.
El padre Sol, rico orfebre,
se une al general contento
con rubís, perlas, esmeraldas,
y amplio tapiz de oro viejo.
Satisfecha la Ciudad,
sus campanas echa al vuelo
y ofrece músicas, danzas,
cañas y toros de fuego.

Cada calle es un jardín,
cada casa es un portento
y, por doquier lindas caras,
segovianas de ojos negros
con la clásica montera
y los bordados manteos.
Aquella tarde de Agosto,
en un carro tosco y feo,
llega la humilde farándula
al bullicioso Azoguejo.
A los pies del Acueducto
levantan en un momento
el reducido tablado,
de la farsa, alcázar regio.
El histrión que hace los bobos,
que es harto agudo y discreto,
con redobles de tambor
y chistes de vivo ingenio,
presenta la Compañía,
a la que elogia sin cuento,
y a su autor Lope de Rueda,
coloso del arte escénico.
Anuncia *Prendas de Amor*,

bella comedia de enredo;
y tras viva sinfonía
con guitarras y panderos,
descórrense las indianas
y la farsa da comienzo.
Con regocijo la siguen
los doctos y los labriegos;
a las mujeres deslumbran
las plumas y terciopelos;
a estudiantes y soldados
y aun a respetables viejos,
los encantos de las cómicas
cáusanles temibles vértigos.
Entre aquella multitud,
mudo de estupor, atento,
se halla un jovencito humilde,
que será, pasado el tiempo,
Miguel Cervantes Saavedra,
príncipe de los ingenios.
Vivamente impresionado
por aquel arte selecto
que eleva Lope de Rueda,
le sigue en sus movimientos

R u t a d e s i g l o s

y la labor de este artista
huella deja en su cerebro,
que es simiente de comedias
y de entremeses diversos.

III

Si nombráis el Azoraje
habéis nombrado a Segovia,
que el Azoraje ya estubo
del Azoraje que estubo
y el Azoraje es nombrado
de la muy noble Segovia

Estaba en un tiempo
de Segovia y de Azoraje,
con gualdado de
de Segovia y de Azoraje.

Estaba en un tiempo
de Segovia y de Azoraje,
de Segovia y de Azoraje.

III

Si nombráis al Azoguejo
habéis nombrado a Segovia,
que el Azoguejo es estuche
del Acueducto que asombra,
y el Acueducto es escudo
de la muy noble Segovia.

ROSA DE PASIÓN

I

Por la Puerta de Madrid
en una tarde de Enero,
tarde anubarrada y triste
en que aleve sopla el cierzo.

Montando un potro andaluz
de finos cabos y remos,
con gallardo bracear,
viril porte y color negro.

Envuelto en su capa grana,
calado el amplio chambergo,

E. Navarro Cámara

con nívea y rizada pluma
que es airón que ondula el viento.

Por la Puerta de Madrid
llega a Segovia altanero
Don Fernando de Alderete,
noble y bravo caballero.

Segundón de su apellido
ha de vivir de su esfuerzo.
En Flandes puso una pica
y logró a su mal remedio.

¡Ya es Capitán de Corazas!
Nombróle el Rey por sus hechos
en Milán y Cataluña
do dejó amargo recuerdo.

Es Don Fernando Alderete,
todo un garrido mancebo,
genio alegre, decidor
y enamorado tierno.

Gusta del lujo y riquezas
en sus vestidos y arreos.
«Afortunado en amores...
es desgraciado en el juego».

Llega a Segovia sin blanca,
esperanzado y risueño,
tras el hogar y la herencia
de un Prebendado su deudo,

que al morir, sin más familia,
dejó a Don Fernando dueño
de amplia hacienda y rica casa
en la calle de Escuderos.

En ella instalóse al punto.
¡Bello Alcázar de oro viejo
a sus delirios de grande
y a sus flaquezas sin cuento!

Músicas, danzas, festines,
son sus constantes recreos,

que alternan con cuchilladas
por lances de amor y juego.

Segovia se escandaliza
y clama en tono severo:
¿Dónde está el Corregidor,
que no ve estos desafueros?

II

Doña Aldonza Fernán Díaz
tiene aureola de santa,
que sus hechos y virtudes
como a santa la proclaman.

Es el racial prototipo
de la mujer segoviana:
noble, religiosa, austera,
trabajadora y callada.

Si excelsas son sus virtudes,
grande es su belleza plástica,
algo es que recuerda a Fideas
en sus venus afamadas.

Vive con sus nobles padres
y servidumbre no escasa
en la Refitolería
y en solariega morada.

Con sus dueñas y escuderos
sale siempre a misa de alba,
visita enfermos y pobres
y torna después a casa.

El demonio enredador
puso una desas mañanas
frente a frente a Don Fernando
con la hermosísima dama.

¡Y en qué trance de amargura!
Que el noble mancebo se halla
atravesado en la calle,
perdido el color y el habla,

ensangrentadas las ropas
por ancha herida en la espalda,

que algún malandrín causó
por envidia o por venganza.

En irrefrenable impulso
de su caridad cristiana,
Doña Aldonza se arrodilla
a remediar tal desgracia.

Ve que el herido respira,
que hay de salvarle esperanza,
y, ayudada de su gente,
cura la herida que sangra.

Refresca aquel rostro pálido,
bello en su triste arrogancia,
con tierno mimo de madre,
con solicitud de santa.

Poco a poco, el caballero
torna a la vida con ansia,
y muestra su gratitud
con subyugante mirada,

con balbuceos de niño...
¡Mudo, ante belleza tanta!
Al par que lleva a sus labios
fresca rosa ensangrentada.

Doña Aldonza, conmovida,
plena de hechizos y gracias,
acoge en su corazón
aquellas medias palabras.

¡Roja rosa de pasión
que ella en el pecho llevaba
y él encontró entre los pliegues
de su capa color grana!

Roja rosa de pasión
de roja sangre esmaltada,
FE serás del caballero
de la capa colorada.

III

Don Fernando de Alderete
presto curó de su herida,
pero al par que ésta cerraba
otra en el alma se abría.

La imagen de Doña Aldonza
pura, noble, hermosa y rica,
ante él surge deslumbrante
por la noche y por el día.

Al principio fué capricho
de hombre que en amor domina
y cree que todas las hembras
ante su gusto se inclinan.

Después, el correr del tiempo...
Doña Aldonza que se aísla,
y no acepta sus billetes,
serenatas ni entrevistas;

le hacen comprender su error,
mira su conducta indigna,
y... el capricho se transforma
en amor que dignifica.

Se hace serio, reservado,
sus costumbres purifica,
ronda la casa de Aldonza
para verla o para oírla.

Sueña con poderla hablar
para de hinojos pedirla
que con su mano le otorgue
perdón a su triste vida;

pero balcones y rejas
no corren, no, sus cortinas;

Ruta de siglos

la servidumbre no escucha,
ella la calle no pisa

y Don Fernando Alderete
en su pasión se esclaviza
y sufre duro martirio
que acaba en melancolías.



IV

Llegó la Semana Santa
y el tiempo primaveral,
con sus noches claras, tibias,
que nos invitan a amar.

En que la luz de la luna
tiene de plata un fanal,
que repujan las estrellas
en un cielo de cristal.

En que acacias y naranjos
rosas, lilas y azahar,
embalsamando el ambiente
en Dios nos hacen pensar.

Y llega el miércoles santo
y está nuestra Catedral
tan repleta de devotos
que más no pueden entrar.

El asistir a estos cultos
es tradición secular,
que del grande hasta el villano
nadie osó nunca quebrar.

El Obispo Alonso Márquez
anunció predicará,
cantándose el miserere
del agustino Mistral.

Corregidor y Concejo
en el presbiterio están;
y en el core con sus capas
el Cabildo Catedral.

En un pilar apoyado,
puesta en alto la mirada,

quebrado el color y absorto,
el noble Alderete se halla,
cuando por que Dios lo quiso
cerca de él pasa una dama,
tan cerca que con el manto
le roza la misma cara.

Este pequeño incidente
para volverle en sí basta,
y un ligero escalofrío
recorre toda su espalda.

¿Es ella aquella señora?
¡Es su perfil! ¡Su arrogancia!
¡No hay duda que es Doña Aldonza!
¡Su misma figura clásica!

Y el pobre quiere seguirla,
sin esperar quiere hablarla;
pero aquella multitud
es fuerte dique a sus ansias.

Impaciente ha de esperar
hasta que la gente salga
y sueña despierto, sueña
con mil ilusiones plácidas.

Que el solemne miserere,
es un canto de esperanza,
es un himno triunfador
para su alma atormentada.

Y sueña despierto, sueña
que ella, con sonrisa blanda,
le perdonó su pasado
y es su esposa enamorada.

Ya los cultos acabaron.
Ya la multitud compacta
sin que él se entere siquiera
a la salida lo arrastra.

Por la Puerta del Perdón
lo llevan como en volandas

y al fin recobra su ser
en la calle de Almuzara.

Por la Puerta del Perdón
ve cómo sale su amada
con la dueña y escuderos,
siempre humilde y recatada.

Con faroles en la diestra
alumbran el paso a su ama
aquellos dos servidores
viejos soldados de España.

V

La calle Almuzara llega
por estrecho pasadizo
a la Refitolería,
donde la cierra un portillo,
y allí en románico arco
de pura traza y estilo,
resguardada de la lluvia
por agudo tejadillo
se nos muestra en la agonía
la imagen de un Santo Cristo,
añeja pintura en tabla,
que alumbra farol votivo.

No le faltan a la imagen,
que guarda el polvo de siglos
milagros, rezos y aceite
de aquellos nobles vecinos.

Entre estos se encuentra Aldonza
que ante el Redentor divino
con reverencia se inclina
impetrando sus auxilios.

Don Fernando de Alderete
que siguiéndola ha venido,
a ella se acerca y saluda
con su cortesano estilo.

La doncella, sonriente,
plena de gracias y hechizos,
le alarga su blanca mano
que él estrecha conmovido

¡Pero la mano está helada,
pesa cual duro granito!

¿Qué es lo que sus ojos ven?

¿Está despierto o dormido?

Intenta empuñar la espada,
siente angustias y zumbidos,
busca apoyo en la pared
y queda desvanecido.

En la desierta calleja
lanza el buho su graznido,
mientras vacila y se apaga
la luz del farol votivo.

Farol, que en la oscura noche
con su fulgor mortecino,
es luz, aviso o pupila
del Juez de nuestros destinos.

Don Fernando se repone
y duda de lo que ha visto.
¡Yo saludé a Doña Aldonza!
¡Pero su mano! ¡Aquel frío!

No hay duda, no, bajo el manto
vi esqueleto repulsivo...

Y aún recuerdo que me habló.

¡Que salvase mi alma dijo!

¡Bah, bah, sin duda fiebre,
debilidad, desvaríos!

Y da por enfermedad
lo que fué del Cielo aviso.

Ya se dispone a alejarse,
pero el resplandor rojizo
que proyectan grandes rejas
abiertas cerca del piso,

llama su atención y mira
exclamando en ronco grito:

¡Ella muerta!... ¡Lo merezco!

¡Bien me castigas, Dios mío!

En aquella sala baja,
entre amarillentos cirios,

sobre blanco catafalco
lecho de rosas y lirios.

Doña Aldonza Fernán Díaz
en el Señor se ha dormido,
sonrisa pura de ángel
brilla en su rostro de armiño.

VI

Don Fernando de Alderete,
tras expiación dura y larga,
pobre eremita murió
en una pobre cabaña.

De su paso por Segovia
y de aquella noche trágica
dejó el recuerdo galante
desta leyenda dorada.

Y dejó espléndida joya
en la anatómica estatua
de Jesús muerto, yacente,
que el gran Hernández tallara

a su instancia y en memoria
de la muerte de su amada,
que él en su poder tenía
y hoy la Catedral exalta.

Y entre los pliegues de seda
de su capa color grana
dejó rosa seca, mustia,
de roja sangre esmaltada.

Roja rosa de pasión
que ella en el pecho llevaba,
tú salvaste al caballero
de la capa colorada.

VIERNES DE DOLOR

I

En Segovia tiene estudio
Antonio de Cabreriza,
Bachiller por Salamanca
en lenguas griega y latina,
Licenciado meritísimo
en sagrada teología.
¡Nadie pudo rebatirle
sus temas de silogística!
¡Nada como sus lecciones
de la abstrusa metafísica!
¡Es todo un sabio magister
Antonio de Cabreriza!
Y, sin embargo, señores,

para vivir necesita
criar hijos de caballeros
en su casa y con sus cuitas;
ser Bachiller de pupilos
que así se les denomina,
menos mal que en Salamanca
sus pupilos le acreditan
por ser hombres que atesoran
mucho ciencia y pocas chichas.
En Segovia tiene estudio
Antonio de Cabreriza,
estudio que es ya famoso
por los pueblos de Castilla.
Fama que una tarde lleva
al colegio maravilla
con trepidar de cristales
en la calleja mezquina,
entre chasquidos de látigo,
herir de cascos las guijas,
crujir de ruedas y tablas
y áspero freno que chilla;
un desvencijado coche
de la época carlovingia.

De él desciende un estudiante,
que en reverencia se inclina
y ayuda a bajar a un hombre,
¡a un ilustre santiaguista!,
poeta de redondas gafas,
que a las dueñas satiriza,
que al Conde-duque encocora
con su irónica sonrisa,
postema de mediquillos
de cura al trote y sangría.
Los recibe el Licenciado,
ufano desta visita,
y entran todos al estudio
que alcanzó fama en Castilla.

II

Fué en un viernes de Cuaresma,
fué aquel viernes de dolor,
viernes en que Cabreriza
cáliz amargo bebió.
En el colegio explicaba
los sufrimientos de Job
aplicados como símbolo
a teológica lección;
cuando observa en los alumnos
el algarero rumor
de voces, risas y gestos,
algo que su alma turbó.
Saca fuerzas de flaqueza,
aunque le quema el rubor,

y quiere imponerse a todos;
pero alguien dice burlón:
Alto allá, Dómine Cabra,
en el ayuno Doctor.
Mirad qué bien os describe
el segoviano Buscón.
Y a los pies le arroja un libro
y en torrente arrollador,
la estudiantina, entre vítores,
la cátedra abandonó.
Antonio de Cabreriza
no sabe lo que le pasa,
siente flojera en las piernas
y honda tristeza en el alma.
Solo quedó en el Estudio,
de pie, en el centro del aula.
¿Por qué, por qué me abandonan?
son sus únicas palabras.
Y al apoyarse en un banco
el libro abierto repara,
le recoge y lee convulso:
—«un clérigo cervatana,
los ojos en el cogote,

nariz entre Roma y Francia,
con gaxnate de avestruz,
nuez tan salida que baila...»—

Sigue leyendo y comprende
que él es el Dómine Cabra
que en aquel burlesco libro
tan al vivo se retrata.

¿Pero quién es el autor
de tan venenosa sátira?

Don Francisco de Quevedo
halla escrito en la portada.

¡¡Quevedo!! ¡Qué ingratitud!

¡Esto solo me faltaba!...

Y al suelo cae el triste clérigo
vida y fama destrozadas...

Fué en un viernes de Cuaresma;

fué aquel viernes de dolor;

el Estudio maravilla

con Cabreriza murió;

de él nació el Dómine Cabra

y el segoviano Buscón.

LA FLOR DE AZAHAR

En los jardines de nuestro Alcázar
en una tarde primaveral,
cose la Reina Isabel primera
con otras damas del cuarto real.
Llégase a ellas un pajecillo,
niño travieso, dulce rapaz,
que en reverencia se inclina humilde
y así se expresa vivo y locuaz:

Reina y Señora, que un TANTO MONTA
haces divisa de tu reinar.

Reina Isabela desta Castilla

que se engrandece con tu mandar,

ante tu augusta, regia persona,

sol refulgente de autoridad;

yo, un pajecillo que lee y escribe

y a veces canta como un juglar,

beso tus plantas con reverencia,

y en estas horas de ociosidad,

pido licencia para contaros

una leyenda de buen amar,

que aquí en Segovia, y en este Alcázar,

a Dios le plugo desarrollar.

Reina y Señora, con vuestra venia

voy a empezar:

La Corte toda se halla en Segovia,

reina en sus calles la actividad,

doran sus casas lujo y riquezas,

pueblan el aire risas y voces

de gran ciudad.

En los jardines del bello Alcázar,

en plena noche y oscuridad,

se escuchan pasos, dulces suspiros,
rápidos besos y aun los murmullos
de tenue hablar.

Y los soldados que hacen la ronda
pícaros gritan: ¡Alerta, alerta,
alerta está!

En la alta torre del bello Alcázar,
en noche clara o de tempestad,
brillan lucernas de mil colores
que en el bosque y en la ciudad,
sombras proyectan de forma extraña
que a los vecinos hacen temblar,
y preguntarse despavoridos:
¿Serán fantasmas? ¿Serán las brujas?
¿Será... serán...?

De los jardines del bello Alcázar
es jardinero Muley Hassan,
moro, que Alfonso, décimo el Sabio,
trajo a Segovia para cuidar
bellos naranjos y limoneros
que languidecen bajo fanal;
y al Rey Fernando, tercero el Santo,

rindió el vencido moro en Sevilla
cuando su patria por otra extraña
ha de dejar.

Desta victoria goza el naranjo
un privilegio de orden real.
¡Nadie en Castilla, ni en otros pueblos
puede tenerlos, si su licencia
el Rey no da!

De aquí la envidia del Rey de Francia,
de aquí la lucha dura y tenaz
con que persigue su Embajador
al jardinero Muley Hassan.

Joyas, riquezas; cuanto le ofrecen
éste rechaza sin vacilar;
pero es el caso que el jardinero
una hija tiene, perla sin par,
palma ondulante, de negros ojos,
prometedores de más delicias
que ofrece Alah,

y en ellos preso se encuentra un paje,
mozo garrido, rubio y galán,
que con la bella en los jardines,

tiernos desgranan el madrigal
de unos amores que ellos estiman
su única dicha y único afán.
Los dos son pobres y apasionados,
con nada cuentan para casar,
pero el diablejo de la avaricia
que a los humanos hace soñar,
vino a ofrecerles con los naranjos
pleno remedio para su mal...

Era una noche, noche de luna,
plácida noche primaveral,
y el Rey Alonso, como otras noches,
sube a su torre para estudiar
luna y estrellas en su solemne
marcha triunfal,
por entre nubes de blancas sedas,
en firmamento de azul cristal.

Brillan lucernas de mil colores,
que en los jardines y en la ciudad,
sombras proyectan de forma extraña
que a los vecinos hacen temblar,

R u t a d e s i g l o s

y a nuestro paje y Embajador
han conseguido desorientar;
con los naranjos en su poder
se hallan dispuestos para marchar,
pero las luces de mil colores... ¿Delatarán?
¡Malditas luces que se olvidaron
cuando del robo trazóse el plan!
¡Aquellas luces! ¡Ya los descubren!
¡Ya los persiguen, con insistencia
de hostilidad!...

Ante ellos surgen bultos y sombras,
alguien ordena: ¡Ténganse allá!
Se escuchan pasos, y los murmullos
de tenue hablar.

Mientras la ronda, por todo el parque,
triste repite su ¡Alerta, alerta,
alerta está!

El Rey Alonso, llamado el «Sabio»,
que a sus vasallos gusta estudiar,
ante aquel caso raro y complejo,
en que se mezclan con la lealtad,
odio extranjero y el ansia lógica

de unos amantes por su ideal;
resuelve en firme, que es conveniente,
y aun necesario, como medida
de gobernar,
que de Castilla salga el de Francia,
que al jardinero Muley Hassan
ha de premiarse con fuerte suma
que lo redima de trabajar,
y a los amantes, se les castigue
con las espinas de todo enlace
matrimonial.

Esta sentencia, punto por punto,
se fué cumpliendo sin vacilar,
para escarmiento de malandrines,
para alto ejemplo de probidad.

Con lujo y pompa, con grandes fiestas,
se hace el enlace matrimonial.

Lleva la novia, en sus cabellos,
linda diadema de ricas perlas
y flor de azahar,

que el Rey la envía con otras galas,
como recuerdo a perpetuidad,
de que en Castilla goza el naranjo

un privilegio de orden real,
y es noble usanza, que al Rey se sirva,
con entereza, mas con lealtad.

Y nace entonces, aquí en Segovia,
esa costumbre, que es hoy mundial,
de que las novias para casarse
lleven al pecho la flor de azahar.

Y aquí termina, Reina y Señora,
nuestra leyenda de buen amar,
perdón mil veces, si no os distraje
en estas horas de ociosidad.

en privilegio de orden real
y es nobleza, que al Rey se dio
con otras, mas con la real

Y acaz entoces, qual en Bogavia
con comenda, que es hoy mundial
de que las otras para entoces
llevan al pacho la tipa de ashar

Y qual comenda, fides y foyon
nuestra leyenda de buen pacho
perdo mi pacho, el no es de pacho
en otras horas de delicia

Y qual comenda, fides y foyon
nuestra leyenda de buen pacho
perdo mi pacho, el no es de pacho
en otras horas de delicia

Y qual comenda, fides y foyon
nuestra leyenda de buen pacho
perdo mi pacho, el no es de pacho
en otras horas de delicia

Y qual comenda, fides y foyon
nuestra leyenda de buen pacho
perdo mi pacho, el no es de pacho
en otras horas de delicia

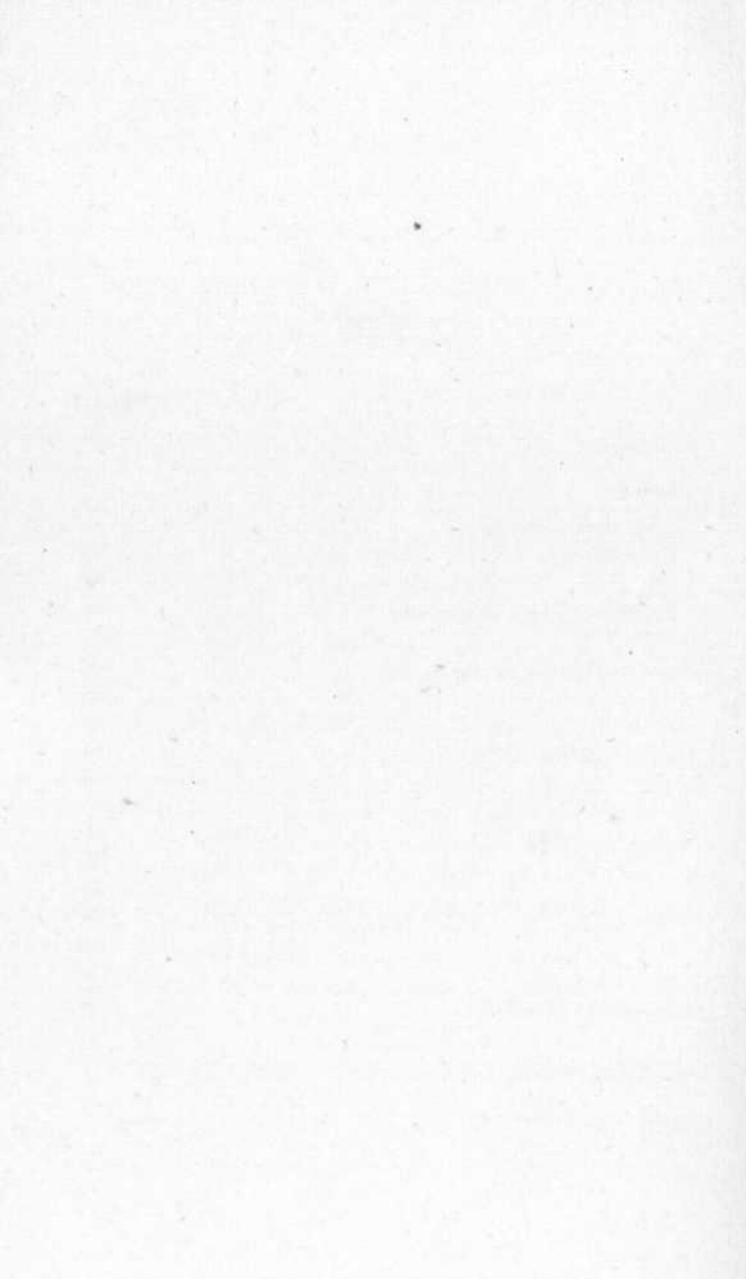


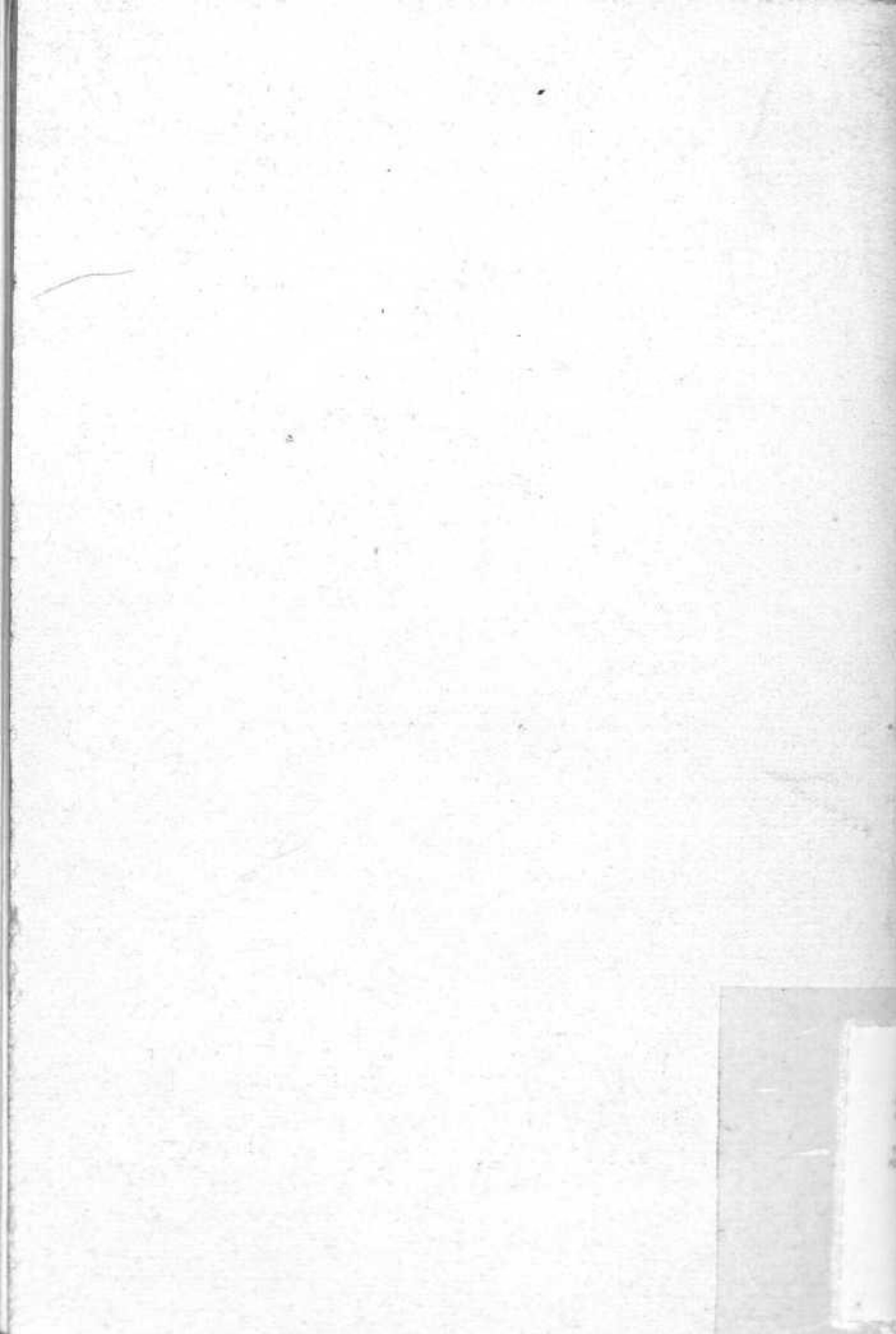
INDICE

	<u>Páginas</u>
OFRENDA.....	5
PRÓLOGO.....	7
Un milagro del Santo.....	9
El desafío.....	13
II.....	15
El cordón de San Francisco. I.....	18
II.....	21
La cabellera de la Reina. I.....	25
II.....	28
III.....	33
En el Azoguejo clásico. I.....	40
II.....	42
III.....	46
Rosa de pasión. I.....	47
II.....	51
III.....	55
IV.....	58
V.....	63
VI.....	68
Viernes de dolor. I.....	70
II.....	73
La flor de azahar.....	76

INDICE

Páginas	
5 GUERRA
7 Páramo
9 Un millero del Santo
10 El acuello
11 II
12 El cordón de San Francisco. I
13 II
14 Las capellanas de la Reina. I
15 II
16 III
17 En el Arzobispado de Oviedo. I
18 II
19 III
20 IV
21 V
22 VI
23 Visiones de don Juan. I
24 II
25 Las flor de azahar





15086

15086

15086

15086

15086

15086

15086

15086

15086

15086

15086

15086

15086

15086